

**En homenaje a
Charles Dickens,
ídolo de mi juventud.**

A través del amplio ventanal, tras las cortinas que se dejan caer lánguidamente sobre el entarimado, se trasluce una sábana de césped escarchado, como si una delicada pieza de satén verde y blanco cubriese el suelo frío del jardín, más allá de los macizos ya sin flores, tras las columnas de los olmos de ramas crispadas, yertas, hasta la neblina que oculta la verja con la guardia. La guardia que está de guardia. A la que nunca se ve pero siempre se adivina.

Hace frío ahí fuera. Ya estamos en tiempo de Navidad y en nuestro hemisferio decir Navidad es lo mismo que decir invierno.

Sentado en su sillón, cual trono de chester acolchado y giratorio, BB(1) mira más allá de lo visible y lo invisible. Absorto bajo el rictus nasogeniano que pone fin gloriosamente a sus mofletes drásticamente volcados sobre la barbilla, nuestro héroe(2) tiene perdida la mirada por el aire, las manos per-

didadas en la mesa, diríase que está todo él perdido en el ámbito ampuloso que habita su interior.

Está quieto, no piensa: se evapora permanentemente en el alto horno de su psicopatología. Tampoco siente nada: su emoción se hiela en el vacío de las vivencias de las cumbres.

BB es la personificación del poder alcanzado por un mortal cayo aparato digestivo no estaba previamente preparado para ingerir éxitos como los que él se desayunó inopinadamente un día. Bien es verdad que lo deseaba y cierto es que había soñado muchas veces con vivir en la cumbre, pero hacerlo representaba matices imposibles de preveer.

Viéndolo así, cualquier ingenuo podía haber pensado (y alguno lo hizo, ciertamente) que tenía depresiones. Nada más lejos de la realidad: cuando BB se encuentra de esta guisa no es porque se encuentre deprimido, es que navega blandamente por el proceloso océano de las adoraciones. Su mesa está abarrotada de felicitaciones, ora en forma de carta o de tarjeta, ora de angelote; ya de José y María, ya de burro, la vaca y los

Magos de Oriente.

Tan sólo falta Dios, pero cualquier otro día...

En su ensueño cuasi nirvático todo lo abarca con la mirada que no mira: las paredes de madera bien pulida y barnizada, el tapiz de la batalla naval del siglo XVII, la bandera que, tras él, contiene una risita entre sus pliegues (propio de las banderas que pertenecen a naciones viejas, que tanto han visto ya), la mesa con los papeles ordenados y los desordenados, las sillas, el tresillo de horrible raso fucsia, la alfombra persa (del siglo XVII), los goznes y los picaportes. Y esa mosca que siempre se pasea inadvertida, sigilosa, por el paisaje satén verde-blanco de esta parte del cristal, tras las cortinas.

Todo cuanto contiene el despacho parece amarlo a él, adorarlo, abrazarlo, estrujarlo. Tiene ese extraño sentimiento que nace del poder: se siente amado por las cosas, adorado hasta por lo inanimado.

Súbitamente algo le saca de su ensimismamiento, es como una punzada en el talón y en la ceja a la vez.

Inmediatamente surgen dos palabras turbadoras

"Todo cuanto contiene el despacho parece amarlo a él, adorarlo, abrazarlo, estrujarlo. Tiene ese extraño sentimiento que nace del poder: se siente amado por las cosas, adorado hasta por lo inanimado."

**EVOCACIONES DE UNA REALIDAD
BASADA EN LA FICCION;
O VICEVERSA**

Por HECTOR HUERTAS

OTRO CUENTO DE NAVIDAD

ESPECIAL NAVIDAD

